

Un nuevo comienzo

Números 1.1–4

Habló Jehová a Moisés en el desierto de Sinaí, en el tabernáculo de reunión, en el día primero del mes segundo, en el segundo año de su salida de la tierra de Egipto, diciendo: Tomad el censo de toda la congregación de los hijos de Israel... (1.1–4).

El libro de Números es el cuarto de una serie de cinco libros que Dios, por medio del Espíritu Santo, le ordenó a Moisés escribir mientras guiaba a los hijos de Israel en el desierto. Catorce meses atrás, el pueblo escogido de Dios había sido sacado de Egipto por la poderosa mano de Dios. Habían sido testigos de diez poderosas plagas que Él trajo sobre Faraón y los egipcios. Para finalizarlo todo, cruzaron el Mar Rojo sobre tierra seca y al mirar atrás, vieron al poderoso ejército de Faraón ahogarse cuando el Mar Rojo volvía a su lugar. Su viaje los había traído al Sinaí, donde Dios se encontró con ellos. Es en este momento que Moisés comenzó a escribir el libro de Números.

El pueblo había permanecido en Sinaí por once meses. Se podría preguntar: «¿Por qué habían estado tanto tiempo en un solo lugar?». Cuando se leen los otros libros de Éxodo y Levítico, nos damos cuenta de que tenía que realizarse una labor importante, había instrucciones a seguir y se tenían que llevar a cabo funciones. Eran tiempos nuevos y emocionantes para el nuevo pueblo de Dios. Eran tiempos de comienzos. Algunos de estos comienzos serán el foco de atención de esta lección introductoria sobre el Libro de Números.

UN PUEBLO NUEVO

La identidad de Israel como el pueblo prometido de Dios que era, tenía que ser todavía establecida.

Se puede recordar que, en pasajes antiguotestamentarios anteriores, Dios había hecho una promesa a Abraham con respecto a la simiente de este (Génesis 12.1–3; 15.5–21). El concepto de Dios teniendo un pueblo para Sí mismo había de ser transmitido de generación a generación por tradición oral, hasta que Dios escogiera registrar de forma permanente Sus promesas y bendiciones para con Su pueblo. Por ejemplo, José, el bisnieto de Abraham, fue puesto a salvo en Egipto por la providencia de Dios y parecía entender los propósitos de Dios para Su pueblo. José dijo: «Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación» (Génesis 45.7). La simiente de Abraham entró en un período de opresión y esclavitud después de la muerte de José, hecho que armonizaba con la predicción que había hecho Dios (Génesis 15.13). Generaciones más tarde, cuando Moisés, el libertador escogido de Dios, entró a la escena, le recordó al pueblo la promesa que Dios le había hecho a Abraham (Éxodo 3.16–18). Con el tiempo, el pueblo llegó a carecer prácticamente de identidad al ser esclavos de los egipcios. Ahora, en Sinaí, habían de ser el pueblo escogido de Dios (Deuteronomio 4.20; Éxodo 6.7). Siempre que Moisés escribe con respecto a ellos, lo hace con un nombre en particular, a saber: «los hijos de Israel» o «los israelitas». Este nombre les daba un nuevo sentido de legado y de herencia. Se les identificaba como a una nación de gente. Era un nombre que podía ser llevado, cuando así se entendía, con dignidad y significado, porque pertenecía a un gran legado e historia.

Como el pueblo de Dios que somos en esta generación, se nos ha dado el mismo sentido de

pertenencia. Pedro trae a nuestra memoria un paralelismo con la nación de Israel, cuando dice:

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia (1ª Pedro 2.9, 10).

Jesús había hecho una declaración similar en Su discurso acerca de ser el buen pastor, al decir: «A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca» (Juan 10.3). ¿Le habría gustado a usted haber crecido en una familia numerosa con varios niños y simplemente ser llamado «Núm. 4» por sus padres? Ser solamente un número lo deja a uno sintiéndose no querido y despreciado. No ayuda a tener un sentido de valor ni de autoestima. Todos somos bendecidos al tener nombres personales asociados con nuestro legado familiar. Lo mismo sucede con nuestra relación con Dios hoy. Se nos ha dado un nombre que nos identifica con Dios y con nuestra relación con Este. Pablo declara: «... habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (Efesios 1.5; énfasis nuestro). El nuevo nombre que muy agradecidamente llevamos es «cristianos». Es un nombre que incluso el mundo usa para identificar al pueblo escogido de Dios, pues dice: «... y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquia» (Hechos 11.26).

UNA NUEVA RELACIÓN

Israel tenía que conocer la identidad del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. «Jehová» había de ser Su nombre personal. Recordamos asimismo que durante cuatrocientos años, a Israel no se le había permitido reunirse para adorar, y la única religión de la que había sido testigo durante este tiempo lo constituía la idolatría de los egipcios. Por lo tanto, cuando Moisés vino a liberar al pueblo de su esclavitud, se le dio el nombre personal de Dios para llevar de vuelta a Israel, e identificar al que los estaba liberando (Éxodo 3.13, 14).

Éxodo revela la inmadurez de Israel en la experiencia del Sinaí con el becerro de oro. El pueblo no estaba acostumbrado a tratar con el Dios invisible del universo. Su presencia manifiesta en el Sinaí (acompañada del humo, del fuego, del trueno y de un terremoto) tenía como fin manifestar Su poder. Israel había de aprender de Su santidad y respetar

Sus leyes e instrucciones.

La mayoría de nosotros proviene de una crianza judeo-cristiana y jamás hemos enfrentado el paganismo como lo hizo Israel. La experiencia de ellos no es completamente paralela con nuestra relación con Dios. Sin embargo, en la sociedad actual, muchos «dioses» pretenden ser colocados en el trono de nuestras vidas. El dios del ego se ha colocado en el centro de la mayoría de los corazones de hoy. Se nos insta a adorarnos a nosotros mismos. El egoísmo y el egocentrismo han recibido mucha atención en nuestras vidas. Así como Israel tuvo que haber sido enseñado por Dios a eliminar los pensamientos y las imágenes mentales de idolatría de sus corazones, también nosotros tenemos que quitar el ego y poner a Cristo en el trono como el Señor de nuestras vidas. Nuestra meta diaria tiene que ser el agradar a Dios. Pablo dijo: «... para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios» (Colosenses 1.10).

UNA LEY NUEVA

Mientras estuvo en Egipto, Israel había vivido bajo la ley del látigo. Habían sido constantemente vigilados, golpeados y recargados de trabajo. En muchos sentidos, habían desarrollado durante años un profundo resentimiento contra la autoridad. Eran obstinados y tenían tendencia a la rebelión. Sin embargo, Dios les dio leyes y ordenanzas para que guardaran. El fin supremo de la ley de Moisés consistía en que Dios pudiera cumplir Su promesa al padre Abraham de traer por medio de ellos al Mesías (Gálatas 3.24). El efecto inmediato de la ley era evitar que fueran destruidos como las naciones a su alrededor, las cuales Dios estaba queriendo expulsar. Sin embargo, Israel tuvo que aprender algunas lecciones difíciles con respecto a la obediencia, al ser probados por Dios mientras estuvieron en el desierto (14.22, 23). Dios fue misericordioso, paciente y tierno con Israel durante ese tiempo. Por medio de Su ley, a Israel se le dio un día nacional de expiación para que cada año pudiera tener un nuevo comienzo.

Nuestro espíritu nacional de independencia a menudo evoca en nosotros un sentido de mucho orgullo y de independencia. Nos escandalizamos por tener restricciones, y pondremos a prueba los límites de esas restricciones. Si vemos una señal que diga «pintura fresca», por ejemplo, tocaremos la pintura para ver si está fresca. En Cristo, somos objetos de la gracia de Dios (Efesios 2.8–10). Sin embargo, no hemos de oponernos a la ley. Pablo dijo: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en

el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Romanos 6.1, 2).

Tenemos que seguir estando agradecidos por la misericordia y la paciencia de Dios para con nosotros a medida que maduramos. Cuando pecamos, nuestras oraciones pidiendo perdón, unidas a la promesa de Dios de limpiarnos, nos dan, como a Israel, un nuevo comienzo con Dios, ya sea una o diez veces al día (1ª Juan 1.7, 8).

UNA NUEVA OPORTUNIDAD DE SERVICIO

El pueblo de Israel tuvo que aprender nuevas metas, nuevos valores y nuevas guías. Su pasada vida había consistido únicamente en hacer una cantidad exacta de ladrillos por día. Habían vivido en la esclavitud. La experiencia en el Monte Sinaí fue para darles un nuevo comienzo. El Libro de Números nos enseñará cuatro nuevos comienzos para Israel:

En primer lugar, *un nuevo comienzo en la vida*: Dios había organizado el campamento conforme a una vida estructurada. Cada tribu había de acampar según su norma en particular.

En segundo lugar, *un nuevo comienzo en la adoración*: El tabernáculo de Dios fue construido, y el pueblo estaba por celebrar la Pascua a medida que las instrucciones religiosas de Dios eran ejecutadas.

En tercer lugar, *un nuevo comienzo en el servicio militar*: Dios levantó un ejército, y el «conteo» (censo) de Israel determinaría parcialmente quién serviría.

En cuarto lugar, *un nuevo comienzo en la esperanza y la promesa*: El pueblo estaría pronto listo para marchar lejos de Sinaí hacia Canaán, la Tierra Prometida. El libro de Números traza sus éxitos y fracasos, también su progreso y desviación de esas promesas.

El reino de Dios nos da oportunidades de servirle a Cristo, nuestro Rey. Pablo dijo: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2.10). Así como Dios había planeado de antemano las actividades en las que deseaba que Israel participara mientras marchaban hacia Su promesa, Dios ha planeado que tengamos una vida útil y significativa en Cristo,

a medida que marchamos hacia Su prometido reposo, el cielo (vea Hebreos 3.7—4.11). Cada día, Dios nos da bendiciones y oportunidades a fin de que le sirvamos. ¿Tenemos fe para orar pidiendo que estas se nos presenten como para que también podamos reconocerlas y aprovecharlas cuando en verdad se nos presentan?

CONCLUSIÓN

Al igual que el antiguo Israel, los cristianos están llamados a tener nuevos comienzos en Cristo. Cada día, podemos encontrarnos con Dios en oración y renovar nuestra relación con Este. Cada día, podemos tomar la determinación de vencer el pecado y la tentación de Satanás. Podemos hacer uso cada día de nuevas oportunidades para servir y bendecir a los demás a medida que Dios nos guía hacia Su Tierra Prometida. ¿Está dispuesto a enfrentar los desafíos de los nuevos comienzos que Dios desea compartir con usted?

Estudie el Pentateuco

«Algunos estudiantes bien intencionados de la Biblia que toman la determinación de leerla de principio a fin, con frecuencia se dan cuenta de que el gozo inicial que se experimenta al leer Génesis no dura mucho. ¡Pronto se agotan con Éxodo, se pierden en Levítico, se adormecen con Números y Deuteronomio los acaba! Regresan a Juan en el Nuevo Testamento, y jamás intentan de nuevo estudiar el Antiguo Testamento, con la posible excepción de Salmos».

«La experiencia anteriormente descrita es desafortunada, en vista de que sin una buena comprensión del Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia), el estudiante serio de la Biblia jamás entiende la mayor parte del Nuevo Testamento. La expiación, los sacrificios de sangre, la santidad, la elección y la justicia son solo unas cuantas doctrinas neotestamentarias que tienen su origen en el Antiguo Testamento. Si se toma una firme resolución de estudiar el Pentateuco, pese a que no es fácil de leer al principio, ello será recompensado con entendimiento y crecimiento espiritual».

F. B. Huey, hijo.
Números

Autor: Max Tarbet
©Copyright 1989, 2010, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados